

MEANDROS

La última vez que la vi, aquí mismo tal vez, era sólo una niña. La recuerdo cargando aquel fardo de ropa blanca y dirigiéndose a aquel meandro de la ría que tanto me gustaba observar durante el amanecer.

Se agachaba, con parsimonia y cuidado, doblando las rodillas como realizando una genuflexión ante un rey. Con sus dedos leche devolvía el hatillo y, una a una, como cuando recogía los huevos cada mañana o comenzaba a ordeñar sus vacas, sacaba cada prenda y la introducía en la fría y plateada agua de La Range.

Ese acto tan cotidiano y tedioso me despertaba tras la azarosa noche de alcohol con Paul y los otros. El frescor de la mañana y la luz de la belleza de Gwenola me emborrachaba de inspiración y ganas de pintar. Cogía el caballete y el estuche de madera que me había comprado con la venta de mi primer cuadro, y me dirigía al mar en lecho contenido entre la rueda del molino y el viejo puente de piedra. Maisier Lorient, el dueño del molino, me había proporcionado una mesa y una silla para que mis largas jornadas de pinceles, acuarelas y óleos fueran menos pesadas. De vez en cuando, Madame Lorient me obsequiaba con un sabroso refrigerio, normalmente sidra y galletes.

A cambio de tanta generosidad, ya que mis bolsillos se encontraban más vacíos que mi atormentada alma, sólo podía expresarles mi gratitud con cuadros. Ya les había regalado la serie de tres cuadros titulada “Campesinas bretonas durante la siembra”, en la que Madame Lorient ejercía de modelo de matrona bretona, con su traje típico y esas cofias que tanto me atraían.

No había elegido aquel rincón porque fuera el más bello de Pont-Aven, ni lo había escogido por la amabilidad de los señores Lorient, ni siquiera se debía a la luz que el sol anaranjado y frío de Bretaña desprendía como mil rayos de existencia. No era el milagro de la vida ni de la muerte de esos soles que morían en el horizonte, como moría la ría por la que navegábamos, Era el milagro del arte y del amor, era el milagro de la existencia de Gwenola el que me mantenía atado a Pont-Aven, aunque yo sabía que terminaría marchando a París con Paul, donde pintaríamos a las prostitutas de Pigalle, donde nuestro arte se haría internacional gracias a galeristas sacacuartos y donde seguiríamos explorando el interior vacío de las botellas que habíamos consumido sin límite, a medida que su alma y la mía seguían navegando por mares turbulentos de locura y delirio, abocados a la destrucción.

Yo sabía que una parte de mí seguiría en Pont-Aven, el molino de piedra y el remanso de la ría en aquel meandro, donde Gwenola continuaba lavando sus enaguas y las sábanas que cada noche envolvían ese cuerpo que nunca sería mío.

Sólo era una niña, una adolescente de pechos granados y pómulos como las manzanas rojas de Bretaña; sus labios –imagino- con sabor a sidra; y con la mirada más pura que jamás volví a encontrar. Desde entonces, sus ojos, esos ojos del pasado, me persiguen como fantasmas y mi condena es no poder hacerlos míos y plasmarlos en mis obras.

Nunca podré aprehenderlos porque los ojos de mi presente me mantienen maniatado al alcohol y la locura. Lo monstruoso habita mi mente, pero yo sigo bajo el sol rojo de Bretaña como mi pelo y ardiente como mi corazón henchido de amor por Gwenola.